



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 31 DE AGOSTO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La fama insuperable

NUNCA DIGAS NO
OLGA DE LEÓN G.

Corría el mes de diciembre de 1967 y yo recordaba el día memorable de ese fin de año en la casa de las tías Chelo y Lola, tres años antes de que falleciera papá y muy delicada nuestra madre. Ambos murieron muy jóvenes, de cincuenta años, con una diferencia de cuatro años entre ellos.

En ese año, 1967, nuestros padres y el resto de los hermanos recién habían llegado de Reynosa para pasar acá los días de vacaciones de invierno. Nos alojábamos todos en la casa de Mitras Sur; mientras nos cambiáramos, a la Col. Linda Vista, de Cd. Guadalupe, N. L.

La vida y el destino nos cambiaron radicalmente nuestros sueños, tres años después, cuando papá falleció, los dos mayores tuvimos que enfrentar la realidad y hacernos responsables de la educación de los menores (cuatro hermanos de entre 11 y 18 años). La consigna era que todos tuvieran al menos una licenciatura... y así fue. Con la dicha de ver a los dos menores continuar con doctorados en el extranjero (Canadá y Francia).

Platicadas así las cosas, parecen tan fácil, agradables y bellas. No lo fue, no precisamente fácil. Pero, honor a quienes honor merece, los dos menores, se lo ganaron a pulso; si bien tuvieron un fuerte empujón de nuestra parte, ellos hicieron lo suyo. Y nos enorgullecemos de ello, de haber hecho realidad el sueño de nuestro padre: que todos sus hijos fueran- por lo menos- universitarios.

Yo sé que mucha gente de Reynosa y algunos amigos de papá de aquí de Monterrey, se sintieron también felices de nuestros logros: los hijos que se quedaron sin la cabeza de la familia, muy jóvenes, todos recorrieron el mejor camino, el de la educación superior: no muchos en nuestras circunstancias, lo logran.

Por eso, nos sentimos y sabemos, "sobrevivientes", a los embates de la vida ante circunstancias adversas. Quién iba a pensar que una carrera como Filosofía y una Maestría en Letras, me permitirían los pequeños logros que pude compartir con mi familia.

Yo pensaría que una carrera como Ingeniería de Mecánico Eléctrico, sería más productiva... Y sí, pero gracias al empeño de mi hermano, que me sigue en edad (él comenzó a trabajar para ayudar a los hermanos y para construir casa a nuestra madre, desde que murió papá, estando en quinto año de la carrera). En cambio, yo recién había concluido mis estudios (daba clases en una preparatoria privada de las 7:30am hasta las 10:pm).

Tuve a mi cargo 8 o 9 grupos con diferentes materias que iban desde Español 1, Español 2, Estilística, Ética, Filosofía, Lógica (mi pasión), Estudios económicos de México, Sociología, Etimologías, Ética profesional (en la Normal básica), Literatura Universal y Literatura mexicana e hispanoamericana, si es que no me falta alguna.



Obviamente yo estaba dedicada a preparar mis clases, no ayudaba en los quehaceres de la casa, de ellos se encargaban algunos de los hermanos menores. Tengo que reconocerles a ellos su labor, ayudaron mucho, y también trabajaban en fábricas; no todos. No, claro que no todos contribuyeron a la par que los dos mayores, pero sí los más pequeños. Y, creo que finalmente, la vida y Dios, si se me permite decirlo (a pesar del agnosticismo que me permea), los han premiado, ayudándolos a salir de batallas muy fuertes que recientemente han tenido que enfrentar.

En esta etapa de mi vida, en la que como adulta mayor y recién habiendo pasado la pérdida de mi esposo, estoy francamente sensible y muy afectada por las cosas menores, y las no tan menores, de la vida. Quizás por eso, no logro superar este bache y retomo más frecuente de lo que quisiera los capítulos más duros que me han tocado vivir. No pienso que sea la única en el mundo que ha sufrido, por el contrario, tengo días tan buenos y claros, que suelo pensar que yo realmente no he sufrido, no he padecido tristezas ni dolores muy fuertes.

Pero, también creo que una buena dosis de dolor y tristeza son buenos elementos para producir buenos textos... aunque, ahora, no sea mi caso. Me gusta creer que mis experiencias pueden ayudar a otros, más que entristecerlos. ¡Ojalá las vean en retrospectiva y como espejo!

Nunca digas "no, a mí eso no me viene"; "ni nunca seré como ella". Porque yo no era así: la vida me enseñó a ser modesta, mostrar mis heridas y mis pequeñeces. También me enseñó, entre muchas otras cosas a no decir: "jamás beberé de esa agua" ... Porque nunca sabemos cuándo habrá una fuerte sequía.

LA VENGANZA PALPITANTE
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Claudia vivía al norte de la ciudad, rumbo a la carretera que lleva a los ranchos de fin de semana que poseían los habitantes del área metropolitana. Estaba casada con un académico a punto de retirarse, veinte años mayor que ella, en una casa que a él la enorgullecía: se trataba de una construcción cuadrada de postes y vigas de madera con un jardín enorme al frente, con dos fresnos bien plantados que ofrecían una refrescante sombra durante los tiempos de calor. Tenían dos niños y ese verano, Claudia había quedado enamorada de un alumno de su esposo.

El joven, en los veinte, diez años menor que ella, le escribía poemas y la llevaba a escuchar conciertos de música clásica con la orquesta de una ciudad alemana, a una hora de distancia en automóvil. Ese verano hicieron el amor en un hotel, en el estudio de él e incluso, en la cama matrimonial de Claudia cuando su marido estuvo fuera.

Su esposo descubrió el amorío y luego de dos días de gritos, reproches y platos rotos, decidió llevarse a la familia completa de vacaciones durante dos semanas, a la playa. Quería pensar bien las cosas; sintió que era su culpa lo sucedido, que había descuidado a su mujer durante algún tiempo. No era un viaje que Claudia quería hacer, pero tuvo que aceptar si deseaba arreglar el matrimonio. Ella también debía pensar sus temas. Estaba cansada de la rutina cuidando niños, atendiendo al marido, limpiando la casa: la cual, por cierto, detestaba con toda su arquitectura.

Su aventura con Lorenzo le había inyectado más felicidad de la que había perdido en su vida durante los últimos cinco años.

Luego de dos semanas en la playa,

emprendieron el regreso. Le avisaron a Eunice, la prima de Claudia que se había quedado cuidando la casa y las mascotas, que iban en camino. En el trayecto, Claudia venía pensando en las palabras que le diría a Lorenzo: "No puedo dejar a mis hijos y tú no te vas a hacer cargo de ellos. Mi marido no va a dejar que te gradúes si lo dejo por ti. No hay nada que podamos negociar. Este es el final".

Al llegar al hogar, Claudia bajó del auto y reconoció las dos voces que se escuchaban en el patio: Eunice y Lorenzo. Se dirigió a su recámara y desde allí escuchó las risas. No hubo necesidad de dar explicaciones. Eunice y Lorenzo comenzaron a salir y la relación de Claudia con el chico se acabó, sin necesidad de un acuerdo.

Un mes más tarde, Claudia se dirigió a la institución financiera donde tenía acumulados sus ahorros. Llegó a retirar todo su dinero, lo que tenía invertido en la bolsa, lo que estaba en la banca de inversión; todo. Ella lo que quería era efectivo. Iba a desaparecer sin dejar rastro, no habría manera de localizarla. Luego fue al banco a saldar y cancelar su tarjeta de crédito. De ahí, a la compañía de televisión de paga, el contrato estaba a su nombre. A media tarde concluyó los trámites y regresó a su casa.

Subió a la recámara, abrió el armario y colocó sobre la cama una caja de zapatos llena de recuerdos: entradas al cine y boletos para escuchar música clásica con Lorenzo. Los poemas escritos por él, a mano. Encontró el programa de mano de cuando escucharon la Sinfonía número 8 de Mahler. Recordó que a esa obra la apodaban la Sinfonía de los Mil. Bajo el programa apareció un libro: el poema Fausto, de Johann Wolfgang Goethe; y en medio: una hoja con algunas anotaciones. Recordó aquella tarde en que Lorenzo le dio el presente.

Hicieron el amor en el estudio de él. Luego viajaron en auto para ir a escuchar la sinfonía de Mahler y finalmente cenaron en un restaurante lujoso. Ahí, Lorenzo le regaló el libro e hizo las anotaciones en el papel, señalando un número de página del poema: la escena donde Mefistófeles se aparece por primera vez frente al protagonista de la obra, en la primera parte. Lorenzo le dijo a Claudia: "Te voy a contar un secreto: la vida monótona es la que le lleva a Fausto a realizar un pacto con el demonio. "De esta manera, abro un sello en el poema de Goethe".

Fueron los tiempos de la crisis económica del tequila.

Veinte años después, sus hijos se habían graduado de la universidad y ahora trabajaban en el extranjero. Junto a la ventana del segundo piso de su departamento en la Ciudad de México, Claudia sostenía entre sus piernas la misma caja de recuerdos. El libro, el programa y la hoja con anotaciones. "La vida nos amarga tan fácilmente", dijo para sus adentros.



Charles Baudelaire

(París, 1821 - 1867) Poeta francés, uno de los máximos exponentes del simbolismo, considerado a menudo el iniciador de la poesía moderna. Hijo del ex sacerdote Joseph-François Baudelaire y de Caroline Dufayis, nació en París el 9 de abril de 1821. Su padre murió el 10 de febrero de 1827 y su madre se casó al año siguiente con el militar Jacques Aupick; Baudelaire nunca aceptó a su padrastro, y los conflictos familiares se transformaron en una constante de su infancia y adolescencia.

A principios de 1845 empezó a consumir hachís y se dedicó a la crítica de arte, publicando Le Salon de 1845, un ensayo elogioso sobre la obra de pintores como Delacroix y Manet, entonces todavía muy discutidos. Ante los primeros síntomas de la sífilis y en medio de una fuerte crisis afectiva, intentó suicidarse el 30 de junio de ese año. Más tarde publicó Le Salon de 1846 y colaboró en revistas con artículos y poemas. Buena muestra de su trabajo como crítico son sus Curiosidades estéticas, recopilación póstuma de sus apreciaciones acerca de los salones, al igual que El arte romántico (1868), obra que reunió todos sus trabajos de crítica literaria.

Fue además pionero en el campo de la crítica musical, donde destaca sobre todo la opinión favorable que le mereció la obra de Wagner, que consideraba como la síntesis de un arte nuevo.

Comprometido por su participación en la revolución de 1848, la publicación de Las flores del mal, en 1857, acabó de desatar la violenta polémica que se creó en torno a su persona. El 30 de diciembre de 1856, Baudelaire había vendido al editor Poulet-Malassis un conjunto de poemas, trabajados minuciosamente durante ocho años, bajo el título de Las flores del mal, que constituyó su principal obra y marcó un hito en la poesía francesa. El poemario se presentó el 25 de junio de 1857 y provocó escándalo entre algunos críticos.

Gustave Bourdin, en la edición de Le Figaro del 5 de julio, lo consideró un libro "lleno de monstruosidades", y once días después la justicia ordenó el secuestro de la edición y el proceso al autor y al editor, quienes el 20 de agosto comparecieron ante la Sala Sexta del Tribunal del Sena bajo el cargo de "ofensas a la moral pública y las buenas costumbres". Sin embargo, ni la orden de suprimir seis de los poemas del volumen ni la multa de trescientos francos que le fue impuesta impidieron la reedición de la obra en 1861. En esta nueva versión aparecieron, además, unos treinta y cinco textos inéditos.

El mismo año de la publicación de Las flores del mal, e insistiendo en la misma materia, Baudelaire emprendió la creación de los Pequeños poemas en prosa, editados en versión íntegra en 1869 (en 1864, Le Figaro había publicado algunos textos bajo el título de El spleen de París). En esta época también vieron la luz los Paraísos artificiales (1858-1860), en los cuales se percibe una notable influencia de Thomas de Quincey; el estudio Richard Wagner et Tannhäuser a París, aparecido en la Revue européenne en 1861; y El pintor de la vida moderna, un artículo sobre Constantin Guys publicado por Le Figaro en 1863.

Pronunció una serie de conferencias en Bélgica (1864), adonde viajó con la intención de publicar sus obras completas, aunque el proyecto naufragó muy pronto por falta de editor.

Trasladado urgentemente por su madre a una clínica de París, permaneció sin habla pero lúcido hasta su fallecimiento, en agosto del año siguiente. Su epistolario se publicó en 1872, los Journaux íntimes (que incluyen Cohetes y Mi corazón al desnudo), en 1909; y la primera edición de sus obras completas, en 1939. Charles Baudelaire es considerado el padre, o, mejor dicho, el gran profeta, de la poesía moderna.

ad pédem literae

Las decepciones no matan, y las esperanzas hacen vivir

George Sand

Letras de
buen humor

Las naciones son como ciertas familias; sólo a pesar suyo tienen grandes hombres

Charles Baudelaire

Guillermo Fadanelli

¡Es un maldito juego!

"Cada uno es un niño y su cadáver", dice el ingrato y bello aforismo de Franz Moreno. Mi madre, fiel a su espejo diario, me espetaba: "Te crees muy importante, pues también hay noche para ti". Sus palabras no me ofendían porque aún a través de los insultos hablaba con la verdad. Jamás la escuché exclamar una calumnia, sólo relámpagos verbales cuyo estruendo se paralizaba algunos momentos antes de continuar inventando que habrías de dejar huella y que tu presencia resultaba indispensable más allá de la tumba o el caos de donde, sospecho, proviene todo movimiento. "Me estoy quedando sin necesidades", se confiesa Franz Moreno, y de inmediato me sumo a sus carencias. En ese camino al ascetismo los amigos mueren y la luz disminuye, las emociones se congelan y la sorpresa de estar vivo se transforma en un fraude cotidiano. Eres "un polímero rancio sobre la tierra, un orificio en la médula del error, de donde nunca hubieras salido en búsqueda de piedad." Escribió Antonio Calera-Grobet, en "Sed Jaguar" (Bonobos, 2018). Antonio murió hace unos días y no añadiré, por lo pronto, nada a su ausencia, ni tampoco crearé loas a su vehemencia y generosidad, a su inusitado amor hacia la literatura ni a las muestras de su piedad continua. El dolor me acecha cara a cara y su partida todavía me es ilusoria. Me tomaré un tiempo en verdad humano para contarles más adelante de nuestra amistad y su aventura: tomarme el tiempo que no me queda, el más valioso, claro, porque es el tiempo que se ha marchado.

Uno tiene el deber de saludar a los fantasmas, cuando se es uno de ellos. De lo contrario las muletillas de amistad entristecen y te dejan un sabor a maldad efímera, a fraude de huesos que no conocen la mecánica. Cuando alguien me pregunta: "¿Cómo estás?", respondo: "Nosotros ya no estamos", o les suelto abiertamente: "Me siento como una meada sobre la nieve", o cualquier respuesta que se me ocurra. Si uno no se ha percatado de que la finalidad de las palabras es construir mentiras y, sobre todo, preguntas incapaces de ser respondidas (es su manera de imitar a la muerte), entonces no cabe duda de que ha gozado de fortuna. Las mentiras provocan a los muertos y los llevan a creer que respiran y poseen lontananza o destino, vaya tontería. Si uno sobra no es porque otros falten, es porque su venida al mundo se da a través de la misma puerta que antecede al principio. ¡Es un maldito juego! Y quien se lo toma tan en serio como si se tratara de una torta de chipirones no es más que un bruto. Los chipirones son reales, los perros calientes cuya mostaza ilumina la madrugada son más que reales (entren a las páginas de ese alud rabelesiano: "Gula: de sesos y de lengua", de Antonio Calera-Grobet; Mantarraya Ediciones; 2009). "No sé dónde leí que, en una separación, aquel que no ama es el que dice las palabras cariñosas". Yo leí la frase anterior en un libro de Rubem Fonseca ("Secreciones, excreciones y desatinos"; Cal y Arena; 2003), y no tengo más que asentir a tal opinión e incluso podría dar testimonios



acerca de tan contundente expresión. Los que aman son una lepra, el esputo en medio de la sábana. Deben aprender a disimularlo; no es sencillo; es una tarea ruinosa y a veces imposible. En cambio, no amar te auxilia a ser gentil y cariñoso; le debemos mucho a quienes no nos importan, ya que su presencia nos dota de una fortaleza mayúscula. Lo más conveniente es amar a medias y guardar la traición, sea esta de cualquier dimensión

o ralea. No soy ajeno al hecho de que mis citas literarias llegan a ser excesivas, pero es un recurso para atenuar mi soledad, y de paso la suya. El que cita convoca a la mesa a sus amigos, departe viandas y se emborracha.

La mesa y la cama son territorios sagrados y es allá en donde nuestro ser efímero se revuelca de gusto.

Esto lo sabía Calera; lo sé yo... y algunos otros.